

Ulises criollo cumple sesenta años

EMMANUEL CARBALLO

Para don Luis A. Arocena

RESUMEN. El siguiente escrito se centra en la figura de José Vasconcelos y su obra. Es un intento por mostrar la relevancia de las memorias de este inolvidable autor, el proceso de escritura y cómo con el tiempo Vasconcelos sigue siendo de interés en el público lector.

I

El *Ateneo de la Juventud*, generación a la que pertenece José Vasconcelos, cabalgó entre dos épocas históricas: el Porfiriato y la Revolución de 1910. Si el grupo más esmerado y valioso que produjo la dictadura del general Díaz fue la generación de poetas modernistas, el *Ateneo* fue también producto del Porfiriato: de la paz porfiriana, de la prosperidad porfiriana (referida, por supuesto, a las clases acomodadas) y de las escuelas porfirianas.

Por primera vez en casi cien años los escritores podían ser escritores, y no necesariamente políticos, periodistas y no amanuenses de generales aventureros, profesores universitarios y no combatientes obligados a defender el país de invasiones extranjeras o a participar en nuestras sucesivas guerras intestinas en defensa de los principios liberales o conservadores.

Si el *Ateneo* refleja algunas características del Porfiriato, en el momento en que sus componentes comienzan a desarrollarse, entre 1908 y 1910, también da las primeras batallas en el terreno de las ideas para ir más allá de esta etapa de nuestra historia. Entre

otras no menos valiosas, la seriedad y el profesionalismo son las cualidades que distinguen a este equipo de escritores; su aportación a la vida cultural del país puede sintetizarse, a juicio de Guzmán, en estos rasgos esenciales: “fidelidad a la vocación, amor al oficio y repudio de la improvisación” (Carballo 60). Además, y no es ocioso insistir en ello, el *Ateneo de la Juventud* renovó el pensamiento y las letras de México: su esfuerzo hizo posible que adviniese culturalmente entre nosotros el siglo xx.

Si en 1910 se inaugura una nueva etapa en la vida política y social, ese mismo año de 10, gracias al *Ateneo*, la filosofía rompe con las ideas de Comte, “Caso ideológicamente –escribe Vasconcelos– inicia una rebelión más importante que la maderista” (Carballo 333), y la literatura se libera, en los textos de sus miembros más audaces, del realismo costumbrista, el naturalismo en la prosa narrativa y la retórica modernista en la poesía.

Entre sus miembros sobresalen, además de Vasconcelos, Alfonso Reyes el “típico hombre de letras” (Carballo 9); Martín Luis Guzmán, “autor de la mejor obra que produjo la novela de la Revolución”, –*La sombra del caudillo*– (9); Julio Torri, “una de las pocas personas que en México usaba la ironía”(10); Antonio Caso, “el único que influyó sobre mí, sobre mi pensamiento”(9); y el maestro de casi todos ellos, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, “apasionado, de trato difícil y moral impecable” (9). Los juicios sobre estos ateneístas, “le teníamos horror al criterio parroquial” (8), puestos entre paréntesis y comillas, los emitió don José en una de nuestras charlas.

Como grupo, y en cuestiones políticas, el *Ateneo* fue un grupo fragmentado: dentro de él convivieron las ideas de vanguardia y el conformismo. Ninguno de ellos fue un reaccionario en voz alta y desde la mitad del foro. Algunos de sus miembros dieron el paso adelante, hacia la Revolución, en el momento que creyeron oportuno. Este es el caso de Vasconcelos, quien antes de su hecatombe política en 1929, fue maderista, convencionista, obregonista y abanderado, en su campaña presidencial, de una causa política que todavía no triunfa: aquella que pide a la política que tenga conciencia y no únicamente sirva a intereses precederos.

II

José Vasconcelos (Oaxaca, 1882-Ciudad de México, 1959) compuso ensayos, cuentos, poemas en prosa, textos en que relata algunos de sus viajes, obras de teatro, uno que otro poema y cuatro tomos de memorias, con los que culmina entre nosotros este género. Sus títulos: *Ulises criollo* (1935), *La tormenta* (1936), *El desastre* (1938) y *El proconsulado* (1939). No incluyo dentro de este siglo a *La flama* (1959), libro reiterativo, de estructura endeble y estilo poco afortunado.

El estilo de sus memorias es el del hombre que desnuda sus pasiones e ideas, se humilla y después enaltece, apostrofa a sus contradictores y malquerientes, a los pequeños de alma que le negaron en cierto momento el respaldo viril de la rebelión armada, y practica la generosidad con las contadas personas que le fueron fieles en los años adversos; un hombre que ha abandonado dos de las constantes del carácter de los mexicanos: la medida y su consecuencia inmediata, el temor al ridículo. Un estilo que inquieta y quema, que obliga a tomar partido, a su favor o en contra.

Como memorialista su mensaje no es el de la concordia sino el de la disensión, sobre todo a partir de *La tormenta*. A mi juicio, en esta actitud reside gran parte del verdadero Vasconcelos, quien en varios aspectos sigue o coincide con Francisco Bulnes. Disensión que es independencia de criterio en cuestiones filosóficas y religiosas; que se traduce políticamente en enemistad contra el caciquismo, la venalidad y la antidemocracia; que es altanería frente al poderoso y generosidad ante los humildes; que es desafío contra el lugar común al pensar y escribir; en fin, que es pugna íntima entre el placer y el deber, entre los intereses personales y las necesidades de un pueblo.

En la primera conversación formal que sostuvimos en 1958, le hice esta pregunta: "¿Qué razones lo movieron a escribir los cuatro tomos de su autobiografía?" La respuesta, como casi todas las suyas, fue directa, concisa y sólida:

La mala suerte engendra toda la literatura. Escribí mis libros para incitar al pueblo contra el gobierno. Me creyeron un payaso. Escribir es hacer justicia. No quería séquito literario, quería gente ar-

mada. ¿Qué escritor que en verdad lo sea no es un político? El que ignora la política está perdido; igual ocurre al que se evade de la realidad (4-5).

Al Vasconcelos memorialista se le ha acusado repetidas veces de retratar con mala fe a sus personajes, del que al juzgarlos lo hace con odio o resentimiento. Por todas estas razones le pregunté: “¿Aciertan quienes así lo juzgan?” “Nunca —me dijo— he utilizado mis libros como desfogue personal. Las víctimas que en ellos aparecen son las personas que han hecho, en cualquier orden, mal al país” (5).

La obra de Vasconcelos, y en especial las memorias, ha interesado a mayorías y minorías porque en ella el autor ha dicho con mayor impudicia la verdad, más a las mayorías sin clara filiación política que a las minorías de izquierda; éstas vieron en Vasconcelos, durante la segunda mitad de los treinta, los cuarenta y los cincuenta, a un escritor que defendía ideas que tanto los intelectuales de la Revolución mexicana como los marxistas-leninistas descalificaron sin haberlas discutido. Acerca de la verdad, le inquirí: “¿Cree usted que el decir la verdad con toda la boca y sin disminuir la voz sea la característica de su obra?”

Sí —me contestó—. En México no hay literatura porque casi nunca se dice la verdad. Yo en cambio, la he dicho en voz alta y sin sonrojarme. La literatura debe ser, fundamentalmente, protesta. Si raíz es la libertad, la auténtica, no la que, como en nuestro caso, está escrita en los códigos. Aunque sea en el orden moral, debe triunfar el bien para que haya una verdadera expresión literaria, si no ésta se convierte en prostituta que acata o disimula los actos perversos de los poderosos.

El único pueblo antiguo que produjo gran literatura fue Grecia, porque en él a veces triunfaba el bien o, ante su derrota, surgía la enérgica protesta de un Esquilo, de un Aristófanes. En Persia, por el contrario, privaba la iniquidad, y nunca apareció la voz de un Esquilo que protestara. Proust escribe sobre lo que le da la gana porque vive en un ambiente de libertad, en una sociedad libre. Sólo en países en los que ésta es una realidad, como en Francia, se

permiten los estilistas. Yo vivo en una sociedad atada de pies y manos y soy por ello un esclavo, no un escritor (5).

Las ideas que maneja Vasconcelos en esta respuesta son inquietantes. De ser válidas, cambiarían el rostro de la literatura mexicana, surgida en un ambiente que no ha conocido la libertad y su consecuencia inmediata, la democracia. De acuerdo con este punto de vista, Alfonso Reyes y Julio Torri, sus compañeros de equipo, se comportan como escritores franceses y no mexicanos, equivocan el propósito de su obra. En la terminología del autor de *Ulises* son estilistas. Este no es el caso de Vasconcelos, ni de Martín Luis Guzmán, quienes, a diferencia de los primeros, intentan influir con sus libros en el pequeño universo en que viven.

La cuestión quedaría más correctamente planteada en estos términos. Vasconcelos es un escritor, y no un esclavo; no es un estilista sino un creador de mundos autosuficientes y fascinantes; en sus libros triunfa la libertad y se denuncian las pillerías de los poderosos: por ese camino, desgraciadamente, don José desciende en numerosas páginas (de *El desastre* y *El proconsulado*, principalmente) al documento, al alegato político, a la subliteratura. Cuando acierta, como sucede muy a menudo, escribe literatura, gran literatura.

En la "Advertencia" al *Ulises criollo*, Vasconcelos dijo que un libro de esta clase no está destinado a manos inocentes, que contiene "la experiencia de un hombre y no aspira a la ejemplaridad sino al conocimiento". "¿Por qué, entonces —le pregunté—, ha permitido recientemente la edición expurgada de sus memorias que hizo la Editorial Jus en 1958?"

Yo generalmente no pienso —me respondió—, actúo. Estos libros están escritos con toda mi verdad. Ahora me gustaría librarme de muchos recuerdos desagradables. Es como quien se da un baño; al hacerlo se libra de la suciedad. La crudeza impedía que se leyeran dentro de ciertos grupos que a los escritores nos interesan. Me resolví a que los purificaran, y lo hice con gusto. Acusan a mis libros de que están plagados de erotismo, más no hay que confundir a éste con el amor: nunca me he sentido culpable de aventuras mujeriles que no presidiera el amor. Eso no es vicio. Nací para ser célibe y traicioné mi vocación (5-6).

Los “dos sabios amigos” que tuvieron a su cargo la expurgación de las memorias no cumplieron con el pacto verbal hecho con Vasconcelos: “suprimir lo objetable sin modificar ni una coma” (Vasconcelos 1958, 5). Modificaron la puntuación a su conveniencia y suprimieron pasajes no solamente “eróticos” sino políticos y religiosos. Las supresiones suman ciento noventa y cuatro y agregan a la edición expurgada un prólogo innecesario.

Vasconcelos es un escritor neorromántico que cree primero en el estímulo externo, en el estado de gracia y luego en el trabajo. “Escribo de prisa –me aseguró–, para que no se me olvide lo que estoy pensando. Mi método [de trabajo] comprende dos fases: la primera, impremeditada, es la inspiración; la segunda, el trabajo, es premeditada e incesante. Siempre he trazado minuciosamente mis libros” (Carballo 6). “Cuando me decidí a escribir prosa narrativa –prosiguió– quise hacer novela a lo Balzac, pero fracasé: me salió un género un tanto híbrido, la biografía novelada. (Nunca pude desprenderme de la primera persona). En mis memorias intenté describir a mi generación y al mundo miserable en que le tocó vivir. Creo que los cuatro tomos que las integran son una construcción épica. Estoy, sin darme cuenta, dentro de la corriente narrativa de nuestros días” (11).

Si ya sabía cuál era su manera de escribir y cuál su filiación dentro de la prosa narrativa del momento en que escribió sus memorias, tocaba sitio a otra pregunta decisiva: “¿En qué hecho, en qué obra, en qué autor, localiza usted su mayor influencia?”:

Lo que mayor influjo ha ejercido sobre mí como prosista –me precisó– es una página de Nietzsche en la que cuenta cómo se hizo escritor. Dice, si mal no recuerdo: ‘Se ha de comenzar despojándose de todo convencionalismo, atreviéndose a decir con desnudez lo que piensa’. Así comencé mis memorias en el extranjero: creyendo que nunca volvería a México y como si se hubieran muerto mis contemporáneos. Al escribir me imaginaba que estaba juzgando desde otro mundo. Sólo así se gana la libertad. –“¿Y después?”– Después hay que hacer de la prosa un equivalente de nuestro júbilo y nuestro dolor, de nuestro goce y de nuestras lágrimas. La prosa debe ser una manera de llorar en público (12).

III

Entre sus libros filosóficos y sus libros literarios Vasconcelos prefirió siempre los primeros. En carta dirigida a Alfonso Taracena el 3 de agosto de 1935 contraponen el *Ulises criollo* (recién aparecido) y la *Estética* (que se publicaría al año siguiente, 1936. La comenzó en España y la concluyó en la Argentina):

No hay como ración entre un libro y otro. La *Estética* es la obra de mi vida. Siempre pensé que al concluirla me podría morir tranquilo. La he concluido y no pienso por ahora morirme, aunque ya mis comentaristas del *Ulises* me dan por muerto o por decrébito [tenía 53 años]. Es posible que todavía alcance vida para escribir [murió a los 77] eso que parece temer la revolución carranclana, *La tormenta*, 1937 (23).

En *El proconsulado* Vasconcelos no recuerda los hechos con precisión. Escribe que concluidos los originales de la *Ética* (1932) y antes de empezar la *Estética*, decidió darse un descanso. Entre una y otra obra

lanzaría un libro que hacía tiempo deseaba conocer. Una novela, y cuál mejor que la de las propias andanzas y pasiones [...]. Comencé a borrar el *Ulises criollo*. Muy distante, imposible casi, se alejaba la tarea de la *Estética* y no dejaba de darme congoja pensar que, en espera tan larga, bien podría surgir un accidente, o la misma muerte, que impidiera la consumación de la única obra por la cual hubiera dado el resto de mis empresas (Vasconcelos 1984, 1141-1142).

Las cosas no sucedieron como las relata el autor en el cuarto volumen de sus memorias. Los meses que pasó en España (poco más de un año) fueron muy fructíferos. Apareció su *Ética*, mal corregida, pero bien distribuida, que le produjo tres mil pesetas (su presupuesto de gastos familiares correspondiente a mes y medio). En Somió, pueblo cercano a Gijón, en Asturias, Vasconcelos ocupaba su tiempo en la preparación y redacción del *Ulises* y el estudio de los temas que trataría en la *Estética*. También en esos días seleccionó el material del volumen titulado *La sonata mágica* (1933).

“El *Ulises* –me reveló en 1958– lo comencé al mismo tiempo que la *Estética* [los manuscritos de ambos libros están escritos en las mismas máquinas de escribir]. Era un pasatiempo para mí, un descanso en mis actividades serias” (Carballo 7). Redacta estos sus libros españoles en un clima que preludiaba, en opinión del propio Vasconcelos, el inevitable choque sangriento entre la España progresista y la España tradicional. A este respecto cuenta en *El proconsulado*:

Rápidamente se vino encima el verano. Los originales del *Ulises* se hallaban casi concluidos y empecé a aprovechar los servicios de Taracena para colocar el libro, por entregas, en algún periódico de América. Gestionó Taracena cuánto y al fin halló en la Habana una proposición aceptable [la de la revista *Bohemia*]; a un diario de México, que pagaba mal, le dio una copia al carbón [*Sistema*, que por el formato parece semanario más que periódico]. Los diarios adinerados de México [los de circulación nacional] ni citaban mi nombre, en aquellos tiempos, como no fuera para infamarlo (Vasconcelos 1984, 1170).

Consigno otra conferencia tomada de la carta que el 19 de julio de 1935 dirigió Vasconcelos a Taracena: “Por supuesto, para la *Estética* no debe esperar [Andrés] Botas un éxito de venta inmediato como las memorias [se refiere al *Ulises*, recién salido de prensas] que se leen mucho por lo que tienen de chisme. En cambio, la *Estética* será un libro de venta más perdurable” (Carballo 23).

Esta misma carta aclara un pequeño misterio bibliográfico: Vasconcelos comenta, en 1935, el éxito obtenido por el *Ulises*, libro que según varias bibliografías aparece en 1936. Sólo David N. Arce (*Bibliografías mexicanas contemporáneas*, VI, *José Vasconcelos*) y Aurora Ocampo dan la fecha exacta: 1935. En la edición más reciente del *Ulises* (1983), la del Fondo de Cultura Económica, se insiste en el mismo error.

El *Ulises* lo escribí en España –me contó en 1958–. Algunas personas han dicho que es mi libro mejor escrito. Y es cierto. En él tuvo influencia sobre todo en el estilo, el ambiente español. Los otros tres, en cambio, los escribí en Texas y otros varios lugares

de los Estados Unidos en los que, por supuesto, sólo escuchaba hablar inglés y un español ruinoso [...]. En el *Ulises* –me siguió contando– traté de aprovechar el consejo de Gide según el cual la literatura tiene por objeto salvar del olvido situaciones que amamos. Yo lo que quise salvar fue mi Piedras Negras, en Coahuila. Mi temperamento es oaxaqueño. Sin embargo, vine a conocer mi tierra nativa a los 25 años. Oaxaca es para mí únicamente la memoria de mis padres (6-8).

El *Ulises criollo* iba a llamarse, en un principio, *Odiseo en Aztlán*. La publicación casi simultánea de su obra *De Robinson a Odiseo* (1935), que alude en el título al héroe griego, le hizo llamarlo con el otro nombre que da Homero a este personaje viajero, *Ulises*. El sustantivo Aztlán, que encierra una carga indigenista de alta potencia, fue sustituido por el adjetivo criollo, que define a la perfección al Vasconcelos que surge de la derrota electoral de 1929, lejano de Cuauhtémoc y próximo a Cortés.

La tormenta, en un principio *La tempestad*, creía que iba a resultar para el lector un libro pesado. “Si tiene éxito, lo que le prometo [a Botas, le escribe a Taracena] es hacer pronto el tercer volumen, *El proconsulado*, que ése sí creo tendrá todas las condiciones necesarias de escándalo para ser un gran éxito editorial” (24). Ese título, *El proconsulado*, lo usaría Vasconcelos en las memorias, no en el tercero sino en el cuarto volumen.

Hasta la fecha –me explicó don José en 1958– han aparecido más o menos trece ediciones del *Ulises*. Si supongo, como promedio, que de cada edición se hayan tirado 4 mil ejemplares, la cifra total sobrepasaría los 50 mil. Dicen que este libro mío ha sido uno de los mayores éxitos editoriales mexicanos. Lo dudo. Si se tiene en cuenta que la primera edición apareció en 1935, que en 23 años se hayan vendido 50 mil ejemplares revela que en México el éxito es muy relativo [...]. Mis trabajos me han dejado poco dinero (7).

Las opiniones de Vasconcelos acerca de sus memorias no coinciden, afortunadamente, con los puntos de vista de lectores y críticos actuales. Sus memorias son algo más que “chismes”, contienen algunas de las mejores páginas que se han escrito entre nosotros en los últimos cincuenta años. En cambio, sus obras filo-

sóficas (de las que Vasconcelos tanto esperaba) carecen de lectores y críticos. De la *Estética*, pongo un ejemplo, hace bastantes años que no se publica una nueva edición. Y no debería ser así. La postura irracionalista de Vasconcelos no repugna a nuestra manera de entender y vivir el mundo. En él la materia se organiza hasta convertirse en espíritu y, regido por principios éticos, pronto conocerá los postulados estéticos. La ética, la estética y la lógica son las ciencias del hombre aquí en la tierra; más allá debe valer-se de otras armas, que van de la mística a la teología.

Génesis, desarrollo y apocalipsis de la Revolución mexicana, Vasconcelos pintó la consunción de este movimiento en pleno sexenio de Lázaro Cárdenas, tan poco propicio por su populismo mesiánico para la auténtica creación literaria. Al leer por primera vez sus memorias aprendí la lección, y desde entonces creo que al artista verdadero como Vasconcelos, como José Clemente Orozco en la pintura, nada contra la corriente y se atreve a decir lo que otros callan por miedo o conveniencia.

IV

El día 19 de junio de 1935, el museógrafo Fernando Gamboa me invitó a almorzar, junto con un pequeño grupo de amigos: Víctor Flores Olea, Ernesto Madero, Luis Felipe del Valle Prieto y Mario Salamanca. Por teléfono me advirtió que nos tenía preparada una sorpresa; la sorpresa más que asombro fue deslumbramiento: concluidos los momentos del postre y el café, Fernando puso ante nuestros ojos los manuscritos de las memorias de José Vasconcelos, propiedad de un anticuario amigo suyo que deseaba venderlos a instituciones mexicanas. Pedía cinco millones de pesos por cada uno de los cuatro tomos. Pese a los esfuerzos de las personas allí reunidas resultó imposible que los compraran las entidades culturales más representativas del país.

Esa tarde apenas tuve tiempo de hojear el *Ulises criollo*. Recortes de dos revistas sustituían a las primeras hojas. El texto mecanografiado comenzaba numerosas cuartillas después. Se trataba de la copia del manuscrito que Vasconcelos, desde España, hizo lle-

gar a Andrés Botas, su editor y éste, a la vez, al taller que imprimía los títulos de su editorial. ¿Qué imprenta tiró el *Ulises*? La respuesta me era desconocida en ese momento.

Todas las cuartillas, en la parte central, tenían estampado, con lápiz rojo, el número que les correspondía. Son, en total, 569 hojas, unas mecanografiadas en delgado papel de copia y otras en áspero papel tipo revolución. Al repasar el manuscrito me pregunté: ¿se conservará el original de este libro entre los mermados papeles que al morir Vasconcelos dejó a su familia? Antes que la primera edición del libro, conocí el manuscrito de esta joya de la bibliografía mexicana reciente.

En él descubrí por lo menos, dos tipos distintos de teclados: uno que corresponde al que se usa en Francia y otro que se emplea en los países de lengua española. La mecanografía (hecha por Herminio Ahumada y su esposa Carmen, la hija de Vasconcelos) es presurosa, espontánea, descuidada, casi sin márgenes, y cada cuartilla parece tener más renglones que los habituales en una hoja ortodoxa. Con tinta y a lápiz Vasconcelos corrige con bastante frecuencia; más que rayar una palabra para poner encima de ella otra más justa, la tacha en el afán de ser directo y comprensible: le interesa la intensidad y certeza del discurso más que las palabras dispuestas con suprema elegancia en cada oración.

Fracasado el empeño de Fernando Gamboa, me olvidé de los manuscritos de las memorias de José Vasconcelos. A principios de septiembre de 1992, instalado en Austin para dar dos cursos en la Universidad de Texas, me enteré que la Nettie Benson Latinoamerican Collection, en su sección de Libros Raros, es la dueña de estos manuscritos. No sé cuándo los compré, ni en qué precio. Poseo también las primeras ediciones de los cuatro volúmenes de la autobiografía.

El *Ulises* manuscrito (el mismo que vi en México), de tamaño carta, está empastado a la española en tela café. El lomo es de piel. En un pequeño cuadrado de piel roja, tres líneas escritas en letras doradas dicen: *Vasconcelos/Ulises/Criollo*.

Mis observaciones de 1935 son más o menos correctas. Ahora las preciso. Los recortes que abren la paginación del manuscrito están tomadas de la revista habanera *Bohemia* y de la mexicana

Sistema (capítulos II y III, febrero de 1935. En un principio parece que Vasconcelos pensaba dividir la obra en capítulos y éstos en partes. Llegó hasta el III y abandonó la empresa. Hoy está integrada por secciones o capitulillos). *Bohemia* los titula *Odiseo en Aztlán las memorias del Lic. Dn. José Vasconcelos*.

La sección de recortes está incompleta: lo que se puede observar si se compara el orden de éstos con el índice de la primera edición. Faltan los capitulillos "Primer fracaso", "Camino de Durango", "El teatro", "La partida" y "Nostalgía". Páginas más adelante no aparecen "La coronación de la virgen", "Los jacobinos", "Liberación", "El mar", "Campeche", "El Instituto Campechano", "Las vacaciones", "El clima", "La gimnasia", "La bahía", "Melancolía", "Amagos de adversidad", "El grande hombre", "Sofía", "El cordonazo de San Francisco", "Las Steger", "Divagaciones y exámenes", "Otra vez al garate" y "De nuevo en la capital". Por ello debo afirmar que la única copia del original que se conserva del *Ulises* está incompleta; en cambio están completos los manuscritos (copias) de *La tormenta*, *El desatre* y *El proconsulado*.

La primera cuartilla mecanografiada es la 160. Ella inicia capítulo. Allí se llama "La manzana se parte", título que se usa también en la edición de 1935. En la edición a la venta más autorizada, la del Fondo de Cultura Económica (1983), lleva otro nombre: "La granada se parte". Quizá sea éste el título más afortunado. Vasconcelos usa una expresión análoga en una circunstancia parecida (la dispersión de la familia) en el capitulillo "La despedida española" de *El proconsulado*: "Y la granada se partió una vez más" (Vasconcelos 1984 1175).

Además de estar macanografiado en por lo menos dos máquinas de escribir, el autor usa en el *Ulises* cintas de dos colores: azul y negra. A veces el mecanógrafo no acentúa las palabras que lo requieren y en otras pone acento en las voces que no llevan. Con alguna frecuencia comete graves faltas de ortografía. En las correcciones de estilo encontré casi siempre la letra de Vasconcelos y en contadas páginas otra que bien pudo ser del corrector de estilo (o de pruebas), de Botas o de algún amigo de don José. En las correcciones de estilo no se puede leer lo que hay abajo: el autor tacha con firmeza para ocultar lo escrito abajo. Las correc-

ciones intentan adelgazar frases y volver más esbeltas las ideas con el propósito de conseguir un estilo directo, parco y sin digresiones, cuida con especial empeño el uso del adjetivo: los nuevos, metafóricos, sustituyen a los viejos, las más de las veces redundantes o complementarios. Vasconcelos corrige con tinta negra y a partir de la cuartilla 357 modifica el discurso con lápiz negro y ocasionalmente azul. Una cuartilla promedio del *Ulises* tiene 28 renglones y cada uno de ellos, 72 golpes de máquina. En la parte superior derecha cada hoja tiene un orificio: el que le produjo el linotipista al archivarlas en el gancho de su máquina.

A Vasconcelos le preocupó desde un principio la redacción de ciertos pasajes en que entra de lleno en el erotismo y éste se podía confundir con la sexualidad. En el capitulillo "De abogado de la legua" describe una aventura amorosa que tiene como escenario Zacatecas:

"las muchachas de aquí —me había dicho mi amigable *cicerone*— tienen buenas pantorrillas de tanto caminar por estas calles en desnivel". Algunas que vi de paso me dieron la impresión de llevar en la carne el mismo tono de la tierra colorada, argamasa con reflejos de oro que se acumula en las bocaminas. La noche fría del altiplano estimulaba la marcha. Atravesó una silueta ágil hombros delicados bajo el tápalo negro, caderas opulentas, andar voluptuoso. Apresurando el paso, miré un rostro moreno y ovalado de ojos espléndidos. Saludé sin obtener respuesta, pero no rechazó la mano que la tomaba del brazo. Frente a la puerta intentó despedirme, pero sonriendo. Al fin entré a su vivienda: colcha bordada en la cama de respaldo de madera; en la consola, un santo con su capelo, flores de trapo en un búcaro, cortinas de punto blanco. Pero era ella soberbio adorno. ¿Qué misterio enciende el sincero arrebató, el delirio de carne y alma de dos seres que no se han preguntado los nombres y que nunca volverán a encontrarse? Dos horas después me hallaba de nuevo en la calle, molido de cuerpo, pero dichoso, estremecido con el son que entona los himnos de la alegría interior (Vasconcelos 1983 281).

El pasaje está tachado finamente en la hoja correspondiente con lápiz verde. Al releer el párrafo, Vasconcelos pensó que había caído en los terrenos de lo que en los años treinta se interpretaba como erotismo al rojo vivo. Más sereno, escribe después en la

parte de arriba de la cuartilla, al linotipista: “no hacer caso de las líneas verdes”. Este lance amoroso figura en todas las ediciones del *Ulises*, salvo la expurgada de Editorial Jus, que la considera impropia de los virtuosos ojos mojigatos.

En el capitulillo “En Nueva York”, Vasconcelos vuelve a sentir la comezón de censurarse y tachó el segundo párrafo de la página 346, edición del FCE, en que describe una noche de juerga y los distintos tipos y razas de mujeres que ofrece un cafetucho a su clientela. De nuevo se dejó ganar por la lucidez y vuelve a escribir: “no hacer caso de las líneas verdes”. La edición de Jus, acorde con su criterio estrecho, sí censuró este párrafo.

Otro intento de supresión se encuentra en “El violín en la montaña”, que relata una excursión a caballo por las altas tierras de Durango. Quiso extirpar, después se arrepintió, estas cuantas líneas:

De pronto, a la sombra de un follaje, cruzó una mujer en camisa. Dominando los ronquidos del guía, que ya reposaba en su rincón [del cuarto oscuro y rudimentario], lancé un ‘psit’ a la desconocida que entró despacio y se subió a mi cama. Sólo después, y por el olor a tabaco, descubrí que se trataba de la misma vieja que nos había servido la cena. Asqueado, salí a baldearme agua del pozo, y sin aguardar el amanecer levanté a empellones la recia contextura de mi acompañante. Muy voluntarioso, ensilló y me condujo lejos de aquel sitio de pesadilla (301).

La Editorial Jus elimina estas líneas rudas y de autorreproche, que no se avienen con la afirmación de don José en la cual afirma que nunca se acostó con una mujer sin estar enamorado de ella.

En “El intelectual”, cuartilla 343, el siguiente párrafo permite al lector asomarse a la manera de corregir de Vasconcelos. Se lee en el manuscrito: “Muchos de ellos [de los ateneístas] fueron avanzada de los que hoy desdeñan a Balzac por sus descuidos de forma y, en cambio, soportan necedades de Gide [...] como que eternamente los profesionales del estilo ignoran el ritmo de relámpago con que se va construyendo un mensaje que contiene espíritu” (271). La primera corrección que hizo Vasconcelos fue en el manuscrito: llena el espacio en blanco con el nombre de Proust,

por el cual no sentía el menor entusiasmo. En la primera edición recorta y mejora la parte final de la última frase: “los profesionales del estilo ignoran el ritmo de relámpago de los mensajes que contienen espíritu”. Si se lee con cuidado el párrafo en su primera forma se verá que opone su visión de la literatura a la de Reyes y Henríquez Ureña. En la versión definitiva, es menos autobiográfico, aunque sigue siendo un tanto injusto: don Alfonso y don Pedro no desdeñaban a Balzac, simplemente no les gustaba.

En “Adriana” refluja la manera de condensar de Vasconcelos. En él habla de la mujer que ejerció tanta influencia en cierta época de su vida. Ella está presente en las últimas cincuenta páginas del *Ulises*, a lo largo de *La tormenta* y en cierto momento de *El desastre* (“Reconciliación-liquidación”). En el manuscrito y en la edición de 1935 así la retrata: “Era una Venus esbelta y mórbida, de tipo criollo provocativo que invitaba a la voluptuosidad”. En la edición de 1983 (que recoge correcciones hechas por don José en los años cuarenta y cincuenta), el retrato es más concentrado y sugestivo, más literario: “Era una Venus elástica, de tipo criollo provocativo y risa voluptuosa” (427).

V

La primera edición del *Ulises criollo* lleva como subtítulo *La vida del autor contada por sí mismo* (que aún conserva en la cuarta edición); fue dada a conocer por Ediciones Botas en la ciudad de México el 21 de junio de 1935. Las dos primeras páginas van en blanco. En la tercera viene la portadilla. En la cuarta, abajo, dice, Imprenta M. León Sánchez S. C. L. México (D. F.). La “Advertencia” comienza en la quinta y termina en la sexta. En la séptima, sin folio, principia el texto, que termina en la página 527. La 528, la 529 y la 530 no están impresas. En la 531 empieza el índice, que continúa en las tres siguientes: 532, 533, 534. Las dos últimas páginas, 535 y 536, van en blanco. La edición que conserva la Biblioteca Benson está desencuadrada y se guarda en una caja. Tiene 19 centímetros de alto.

La tipografía de la primera edición es idéntica a la de la segunda, tercera y cuarta; sin embargo, y según Taracena, se pararon

nuevamente en linotipo. De la tercera se hizo una tirada aparte de 100 ejemplares impresa en papel marfil de tamaño especial. Uno de ellos, que posee la Benson, trae en la portada un dibujo de Vasconcelos hecho por Durán Jr. Este ejemplar está dedicado por el autor. La dedicatoria dice así: "To Library of The University of Texas, by an obliged guest. Austin, March 12, 1936". En esa ocasión don José viajó a la capital de Texas para dar conferencias en la Universidad.¹

El 21 de junio de 1935 Taracena escribe a Vasconcelos:

Ya apareció su libro (el *Ulises*). Anoche me dio Botas el primer ejemplar, de los primeros salidos de las prensas. Quedó muy bien. Naturalmente se hicieron todas las correcciones que usted marcó [...]. Se va a vender mucho. Botas pondrá un aparador con fotografías de la Decena Trágica [el libro concluye unos cuantos días después de la muerte de Madero, ocurrida el 22 de febrero de 1913], de usted y de los principales aludidos a la obra [...]. Está usted servido (Taracena 1959 168-169).

Entre las personas que aparecen con otro nombre, las principales son éstas: *Pensi* (el Ing. Alberto J. Pani), *Ojo parado* (así llamaban los golpistas a Gustavo A. Madero), *Fulgencio o Plagiani* (Félix F. Palavicini), *Dols* (Félix Martínez Dols, poeta modernista y librero de viejo, oaxaqueño), el *Librepensador*, primo de Luz Brioso (el erudito y también oaxaqueño Manuel Brioso y Candiani) y *Adriana* (Elena Arizmendi, fundadora de la Cruz Blanca neutral, que lo mismo atendió a los soldados del gobierno que a los maderistas).

¹ Vasconcelos estuvo trece años atrás, invitado para decir el discurso de fin de cursos a los estudiantes de la Universidad de Texas, en Austin, el 29 de mayo de 1923. Don José confunde la fecha del viaje, en *El desastre* afirma que fue en junio de 1924. De esa visita queda el folleto de su discurso escrito directamente en inglés: 14 páginas en hojas de la Secretaría de Educación Pública. En la carta anexa al discurso, dirigida a su amigo Mr. Hackett, afirma que su alocución se va a imprimir en los Estados Unidos; hasta la fecha no conozco, ni tengo referencias, sobre el folleto impreso. Vasconcelos llegó a Austin por tren la mañana del día 28, en un carro especial en el que lo acompañaban amigos, parientes y funcionarios. Concluido el compromiso, se trasladó con su pequeña e informal comitiva a la playa de Galveston, donde comió jaibas tatemadas y bebió vino francés. Vivía sus últimos días como Secretario de Educación.

Vasconcelos acusa recibo a Taracena días después, el 24 de junio:

Sus cartas, que siempre son para mí un gusto, me traen además casi siempre buenas noticias e importantes servicios que usted no se cansa de otorgar al amigo. Mi agradecimiento más sincero por la publicación de este libro que a usted se debe (169).

El 8 de julio en *El Universal* de la Ciudad de México, Jorge Cuesta es el primero en comentar el *Ulises*. Su ensayo es todavía hoy uno de los más lúcidos y penetrantes que se han escrito sobre Vasconcelos, su obra narrativa, su filosofía, su pensamiento político y la relación que éste guarda con la Revolución mexicana. Dice así:

Juzgo que el *Ulises criollo* es uno de los libros más importantes de la literatura mexicana contemporánea; aunque no a causa de su valor histórico, que es muy discutible, sino porque referidos por primera vez los pensamientos de este escritor a las circunstancias vitales en que han aparecido y se han desarrollado, adquieren, también por primera vez, el sentido que no podía percibir el lector, mientras no podía prestarle sino relaciones objetivas y lógicas. La irracionalidad que ha caracterizado a estos pensamientos aparece, por fin, idéntica a una existencia de las más extraordinarias y fascinadoras, que se ha distinguido por su repugnancia de lo racional. Nada es lógico en ella; ni siquiera su conocimiento de ella misma. La de Vasconcelos es la vida de un místico; pero de un místico que busca el contacto con la divinidad a través de sus pasiones sensuales.

La biografía de Vasconcelos es la biografía de sus ideas. Este hombre no ha tenido sino ideas que *viven*: ideas que aman, que sufren, que gozan, que sienten, que odian y se embriagan; las ideas que solamente piensan, le son indiferentes y hasta odiosas. El *Ulises criollo* es, por esta causa, el libro en que *la filosofía* de Vasconcelos encuentra su genuina, su auténtica expresión. Aquéllos en que la ha expuesto de un modo puramente doctrinal son casi ilegibles. No es, en rigor, una filosofía la suya; pues es evidente que en el pensamiento no encuentra la forma que le conviene. Su filosofía es su emoción, con frecuencia intraducible; y las emociones son comunicables por la inteligencia. Pero tan incon-

sistente, tan pobre y tan confusa como es su doctrina cuando se la mira *pensando*, es vigorosa, impotente y fascinadora cuando se la mira *viviendo*.

[...]

Su presencia en el *Ateneo de la Juventud* es significativa de que el espíritu de Vasconcelos responde a una época de la vida intelectual de México y no sólo de un individuo [...]. Siempre sorprenderá que el movimiento revolucionario que se desarrolló en la política mexicana de 1910 a 1924 se haya visto acompañado de una mística en el plano del pensamiento. Y aún sorprenderá más que esta mística haya dado a la Revolución su programa educativo. Pero por mucho que sorprenda y siga sorprendiendo, y por incomprendibles que sean las causas que lo motivaron, el pensamiento de Vasconcelos aparece tan íntimamente ligado al movimiento revolucionario, que no es posible considerar al uno separado del otro. Se ofrece aquí una contradicción que el propio espíritu de Vasconcelos no ha podido *coordinar* y llevar a una *profunda unidad dichosa*. Para decirlo exactamente, es la inteligencia lógica de Vasconcelos quien fracasa en esta empresa explicativa. Pues la vida de Vasconcelos es esta contradicción en persona. Puede decirse que en él se desespera y se inconforma consigo misma “la realidad mexicana”, en un intento religioso de superación moral. La circunstancia de que Vasconcelos, en nombre de este intento, condene con una pasión inagotable y ensoberbecida muchos aspectos de nuestra vida política, es significativa de que la mística de Vasconcelos y la vida política del país guardan una relación que es más profunda de la que puede explicarse por la pura influencia personal del pensamiento de este hombre, a quien tiene que calificarse de extraordinario (Cuesta 261-265).

Gonzalo de la Parra el 27 de julio estima que el *Ulises* es un libro “subyugador, apasionante y único”. Sin embargo, cree que cuando el autor juzga los hechos y las personas le falta “serenidad” (Taracena 224).

José Elguero, tras el seudónimo de *Juan Franco*, compadece a Vasconcelos después de la lectura de su libro. Delira, piensa, y es un megalómano (252). Héctor Pérez Martínez va más allá: juzga a don José como un “hombre inútil” y algo más, fracasado como

escritor y como funcionario en la Universidad y la Secretaría de Educación Pública (252).

El 26 de agosto Taracena le escribe a Vasconcelos:

Le doy la buena nueva de que Luis Cabrera ha escrito seis artículos atacándolo. Dicen que se encerró un mes en su biblioteca para salir con un verdadero parto de los montes, pues se refiere a que usted no sabe gramática, no es filósofo, es un anormal, etcétera. Adoptó un estilo irónico [...]. En el fondo, no es si no su inmensa vanidad herida [la que surge] porque el *Ulises* ha sido un éxito sin precedente en México, en tanto que los libros de él están almacenados [...]. Botas sigue encantado porque la nueva edición [la segunda; la primera se agotó en 20 días] según estos truenos lleva trazas de agotarse en unas cuantas semanas. Si se hace otra nueva [de agosto a diciembre se imprimirán dos más; el 29 de agosto apareció y empezó a venderse la tercera], habrá que celebrar nuevo contrato, y [Botas] tendrá que hacer otro pago a usted (269).

En la misma carta, añade Taracena:

También [Alberto J.] Pani está indignado en su contra. Lo sé de buena fuente. Puedo asegurar que él fue quien hizo que una revista de aquí publicase los ataques de Chocano contra usted. Indudablemente que él, también, indujo al doctor Atl a que escribiese un articulillo en *Excélsior* en el que al referirse a la notoriedad [pública] dice que éste casi siempre se debe a un chisme, como en el caso de usted y de Lombardo Toledano. En el de usted, por cuestiones caseras (270).

Taracena en *La revolución desvirtuada, continuación de la verdadera revolución mexicana*, tomo III, año 1935, recoge este juicio entre sociológico y simplemente periodístico:

Hurgando en las causas del hecho inaudito de que el *Ulises criollo* lleve ya tres ediciones en otros tantos meses, encuentra Mateo Podán, según lo escribe en un diario de hoy [10 de septiembre], que todo obedece a que “el inquieto y vocinglero oaxaqueño es más nudista que Clara Bow y que Mae West, y se exhibe con verdadera satisfacción y exhibe a los demás con diabólica complacencia; y eso gusta” (Taracena 1966 228).

Acerca de los problemas económicos que se le presentan a Botas al reeditar el *Ulises*, Taracena le escribe a Vasconcelos el 17 de septiembre:

Hace poco me mostró Botas el recibo de la imprenta de León Sánchez por más de mil pesos, importe de la mano de obra de la última edición del *Ulises*, sin contar el papel, que ha sido el escollo que ha encontrado Botas en todo esto [...]. Está muy contento de que usted esté escribiendo la segunda parte del *Ulises*, que ya está pidiéndole el público. Dice que no vaya usted a olvidarse de que el contrato especifica que él tiene la preferencia para el segundo y tercer tomos (Taracena 1959 295).

En la respuesta a Taracena, del 19 de septiembre, Vasconcelos como autor fija sus condiciones:

Seguramente que no haré contrato para el segundo tomo del *Ulises* sin antes tratar con Botas. Lo estoy escribiendo, pero, naturalmente, no quiero hacerlo de prisa. Y he pensado que para una futura edición, el único arreglo conveniente es a un tanto por ejemplar vendido, un peso de cada volumen; [Botas] puede vender [al público] a tres [pesos] cincuenta [centavos] (297).

Taracena da a Vasconcelos sus puntos de vista acerca de estos temas editoriales en carta del 29 de octubre:

La verdad, usted tiene razón sobradísima para pedir bastante, pero Botas también hay que convenir en que se las ve negras pues el costo de los libros hechos en México es mucho mayor que el de los hechos en Europa [...]. Aquí el papel es sumamente caro y esto lo debe tomar en cuenta [usted] cuando se rompan las hostilidades para la edición del segundo tomo, negociaciones en las que espero ponerlos de acuerdo (342).

Las relaciones editoriales entre Vasconcelos y Botas nunca fueron óptimas. En algunos casos, como cuando don Andrés publicó la primera edición de los dos primeros tomos de las memorias de don José, los vínculos entre ambos fueron algo más que aceptables, es decir, cordiales. Cuando Botas editó las obras filosóficas de Vasconcelos (pongo por caso la *Estética*), los lazos comercia-

les estuvieron a punto de romperse. Botas publicó la *Estética* porque Vasconcelos le ofreció como gancho otorgarle los derechos de publicación del segundo tomo de su autobiografía, *La tormenta*.

Es probable, y lo consigno como hipótesis de trabajo, que del *Ulises* se hallan hecho hasta 1983, 22 ediciones. El primer titular de los derechos, Botas, parece que imprimió únicamente 13 ediciones cuyo número de ejemplares no sobrepasa los 23 mil. Creo que estos datos no corresponden a la realidad ya que las memorias de Vasconcelos, sobre todo el *Ulises*, fueron el *best-seller* histórico-literario más sorprendente de nuestros años treinta y cuarenta.

El 30 de septiembre, en carta a Taracena, Vasconcelos fija sus propósitos como memorialistas:

Siento haber tenido que hacer referencias al ingeniero don Agustín Aragón poco amables quizás en mis memorias [...]. Si yo hubiese querido molestarlo me bastaría con recordar que siendo filósofo y maestro de juventudes fue diputado huertista. No me ocupo de esto porque mi propósito no es ofender a nadie en mis libros sino dar idea de las corrientes de la época que nos ha tocado vivir (309).

Con esta carta, Vasconcelos contesta, en concreto, a ciertas personas (convertidas en personajes de sus libros) quienes lo acusaron de exhibir las debilidades ajenas con “diabólica complacencia”.

El 12 de octubre, se filtra en la prensa la siguiente noticia: Mauricio Magdaleno, Julio Jiménez Rueda, José de J. Núñez y Domínguez y José Muñoz Cota, jurados del Premio Nacional de Literatura, consideran que el libro más trascendente publicado en 1935 no fue el *Ulises criollo* (enviado al premio por Botas) sino una biografía de Baltasar Dromundo sobre Emiliano Zapata (322).

El día 22 de ese mismo mes, Magdaleno aclaró que Núñez y Domínguez se negó a firmar el dictamen; en vista de que sólo se recibieron cinco obras cuya calidad no era muy alta, el jurado pensó declarar desierto el concurso. El punto de vista de Muñoz Cota prevaleció, y el premio se otorgó a Dromundo (336).

El día 24 la prensa publica una carta del triunfador en la que afirma que él no tiene la culpa de que en el concurso participaran únicamente cinco escritores, entre ellos Vasconcelos (337). Al día siguiente, 25, en una nueva carta Dromundo agradece al Secretario de Educación, Gonzalo Vázquez Vela, que le hayan concedido el premio (338-339).

Así fue ninguneado y escarnecido el *Ulises*. Compitió sin el consentimiento del autor en un premio que debió obtener fácilmente y fue derrotado por un autor (Dromundo) y un libro (*Una biografía sobre Zapata*) que las personas enteradas apenas recuerdan. Entre los miembros del jurado figuraba un cercano partidario suyo en las elecciones presidenciales de 1929, Mauricio Magdaleno y un historiador de nuestras letras, Julio Jiménez Rueda. El *Ulises*, en cambio, es uno de esos escasos libros que se leen de pie, que nos incitan a ser más auténticos y nos permiten conocer mejor a nuestros semejantes. Es una de las pocas obras clásicas de nuestro ya moribundo siglo xx.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CARBALLO, EMMANUEL. *Protagonistas de la literatura mexicana*. 4a ed. Sepan Cuantos 640. México: Porrúa, 1994.
- CUESTA, JORGE. *Poemas y ensayos*. T. III. México: UNAM, 1964.
- TARACENA, ALFONSO. ed., *Cartas políticas de José Vasconcelos. Primera serie (1924-1936)*. México: Clásica Selecta Editora Librera, 1959.
- . *La revolución desvirtuada*. T. III. México: Costa Amic Editor, 1966.
- VASCONCELOS, JOSÉ. *Ulises criollo*. Edición expurgada. México: Editorial Jus, 1958.
- . *Memorias I, Ulises criollo y La tormenta*. Letras Mexicanas. México: FCE, 1983.
- . *Memorias II, El desastre y El proconsulado*. México: FCE, 1984.